

LEONARDO GUZMÁN

ALBERT SCHWEITZER EN LA INTIMIDAD *

D I J O Niko Kazantzaki —el autor de *El Que Debe Morir* y del libro *El Santo de Asís*—, que San Francisco y Albert Schweitzer son hermanos de alma y de acción, aunque vivieron distanciados porque el tiempo es fugaz. Los dos amaban la naturaleza; los dos veneraban cuanto respira, lo que significa vida, y se emocionaban y empeñaban para protegerla y respetarla. En 1949 la “Goethe Bicenteninal Foundation” lo invitó a Estados Unidos. Iba en avión. Nevaba copiosamente. Vio que algunos aviones lanzaban bultos sobre praderas y bosques nevados. Preguntó de qué se trataba. “Es forraje para que no mueran de hambre los animales de los bosques ni del campo”. Él mismo cuenta que fue la primera vez que, siendo ya hombre adulto, lloró de emoción. En medio de sus lágrimas exclamó: “¡Vive l’Amérique!”.

Ambos tenían idéntica compasión ante el que sufre; la misma divina locura: renunciar a los encantos de la vida para servir al que lo necesitaba. Había estado a punto de cerrar su hospital por imposibilidad para mantenerlo. En Norteamérica le reunieron fondos y lo proveyeron de todo. Cuando regresó a Lambarené el 28 de octubre de 1949, él exclamó: “Cuán maravillosas han sido mis experiencias de los últimos años. Cuando partí para África la primera vez —1913, Viernes Santo, 13 de abril—, me había preparado para grandes sacrificios. Abandonar el órgano; renunciar a mis cursos a los que había consagrado mi corazón; perder mi independencia material, alejándome por el resto de mi vida de mis amigos. Sólo mis íntimos sabían lo mucho que esto me costaba. Pero me ha sucedido que el destino mío se

*Conferencia dictada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción.

parecía al de Abraham, que se preparaba a sacrificar a su hijo. Como a él, Dios me ha librado de tal sacrificio".

San Francisco cuidó de los leprosos europeos. Schweitzer de los leprosos negros. San Francisco no temió al frío; Schweitzer se desentendió del horno africano. San Francisco llamaba a sí a los animales. Schweitzer hacía otro tanto. Su regalón era un pelicano que con toda picardía daba de picotazos en la cabeza de algún visitante impertinente de Lambarené.

En su casa vivían todos los animales de las selvas vecinas. Él los hacía buscar desde que nacían. Les daba leche o granos en su propia mano. Se paseaba con ellos entre los corredores y patios de las modestísimas barracas en que mantenía a sus enfermos.

Un jabalí hembra vivía en su hospital. La llamaba Josefina. Sus cerdas eran rojas. Se la había traído una negra que lo quería mucho. Pero Josefina resultó celosa de la propia señora del doctor. Se acostaba siempre inmediatamente a los pies de éste. Asistía al oficio dominical aún antes que el doctor, pues en cuanto sonaba la campana que llamaba a Misa, en la mañana para los adultos y a media tarde a catecismo para los niños de la Escuela, entraba a la capilla.

Atropellaba con violencia a las aves de corral, a los carneros, a las cabras, a los cervatillos, a los antílopes y otros animales que entraban por las puertas permanentemente abiertas de la capilla. Pero un día de mucho calor se metió en un cenagal y llegó a la Iglesia, en donde había mujeres, algunas vestidas de blanco. Los hombres que trabajaban en su servicio hospitalario junto a otros negros que venían de la vecindad, también estaban allí. Se acercó primero a aquéllas, emporcándoles sus trajes, después a la propia señora Elena, esposa del doctor Schweitzer, dejándola cubierta de inmundicias. En seguida, al misionero que iba a predicar, y como vio que todos ya le eran hostiles, Josefina corrió cerca del doctor para que la protegiera. Éste contaba con una alegría infantil tales recuerdos.

Poco después empiezan a desaparecer gallinas en el vecindario. Naturalmente, todos culpan a Josefina. El doctor la defiende. Pero su enfermero segundo, muy leal, N. Kendju, le recordó que Josefina ya tenía 6 meses y que a esa edad todos los jabalíes comían cuanta ave encontraban cerca. El doctor pensó que podían ser algunas serpientes las devoradoras. Pero una noche que él —EL OGANGA O MAGO BLANCO— estaba al microscopio buscando el espirilo del sueño de uno de sus enfermos, oyó gran cacareo y gritos de gente. La señora Elena le mandó por escrito un recado en que decía que había visto a Josefina comerse tres pollos y que ella había salvado a duras penas a una gallina clueca que estaba echada.

El pobre doctor Schweitzer, apenadísimo, le pidió a sus mozos que se llevaran a Josefina. Él sabía cuál sería la sentencia: la de muerte.

Dos papagayos alegraban su casa. A uno lo llamaba Sakku. Le imitaba la voz a su señora. Llamaba a las gallinas tal como ella lo hacía cuando les iba a tirar maíz o trigo. Entonces éstas acudían alborotadas y gozosas, y Sakku se reía igual que el doctor, mezclando esta risa con las carcajadas excesivamente sonoras de los negros, lo que resultaba estrambótico y graciosísimo.

Otro de los papagayos fue Kudeku, que aprendió todas las palabras gruesas que le enseñaba un abnegado mozo francés.

Llegaban a veces visitas y si Kudeku estaba cerca les gritaba: "¡COCHONS!" — "¡CHANCHOS!"; "¡SALAUD!" — "¡MUGRIENTO!"; "¡GIGOLO!", cuyo significado todo el mundo conoce. Había que correr para guardarlo en su jaula.

Estos dos pájaros tenían la costumbre de que en cuanto les abrían la jaula al amanecer, corrían a buscar a Caramaba, el perro guardián, vigilante que rondaba sin descanso toda la noche alrededor de los barracones hospitalarios, empezaba recién su primer sueño. Lo despertaban con aletazos, gritos y pequeños picotones. El doctor se dio cuenta de que esto era una crueldad imposible de tolerar, pues Caramaba se enfurecía y los papagayos soltaban sus carcajadas, de manera que ordenaba que dejaran a los pájaros hasta bastante tarde en sus jaulas, mientras él iba cariñoso a despertarlo con una palabra de agradecimiento, para que el carácter del pobre perro no se descompusiese.

No sólo las curaciones maravillosas de algunos leprosos o enfermos del sueño o de los que sufrían de hernias estranguladas, y que antes de Schweitzer morían todos, era lo que despertaba la admiración de los que lo amaban, llamándolo OGANGA.

Le regalaron un antílope enano, el más tierno y asustadizo de todos los de la selva. Los negros sabían que era un animal que enfermaba con frecuencia y que sus primeros 30 ó 40 días de vida sólo aceptaba como alimento la leche materna. No creyeron que iba a durar en las manos del doctor Schweitzer y de señora Elena. Entonces el doctor inventó una mamadera de leche condensada, con una gota de extracto de opio o de láudano. No se perturbó el intestino del animalito y sobrevivió. Hubo negros que vinieron de lejanas regiones para ver este *milagro* y *arrodillarse* ante Schweitzer y su mujer.

Este antílope era el más íntimo amigo de la casa. Le trajeron otro enanito. Al primero lo llamó Antilopeli y al segundo Zamba. Este había sido traído de la selva donde lo había pillado un perro que casi lo mató, de manera que le fue difícil acostumbrarse a la vida tranquila

de un hogar en que reinaba la serenidad. Al final era tan regalón, que mientras el doctor Schweitzer escribía su *Crítica de la Cultura*, Zamba se entretenía en mordisquear la suela ancha de sus zapatos.

También tenía un antílope de tamaño normal. Pasaba visitas con el doctor. Una negra le preguntó por qué no se lo había comido. "Porque todavía no está bien gordito", respondió éste. Nueva visita días más tarde con el antílope al lado de él. La misma pregunta. Otra respuesta evasiva: "está algo enfermo". Pasan los días. Vuelve con el antílope. Entonces ya tuvo que contestar: "Pienso llevármelo a Europa". Todas las negras gritaron en la sala: "¡Viva, viva! Este Oganga es un buen hijo. ¡Se lo quiere comer allá con su madre!".

La madre de Alberto Schweitzer, señora Adela Schillinger, que lo había dado a luz en Kayserberg, pequeña aldea del Alto Rhin, era hija del párroco de Müllbach. Esta madre ejemplar que lloró de pena cuando sus amigas mostraron en sus rostros que no creían que el niño, nacido el 14 de enero de 1875, pudiera sobrevivir porque demostraba una debilidad que parecía acercarlo a una muerte muy prematura, ella, dicen que rió de buenas ganas cuando su hijo Alberto le contó la anécdota.

Alberto Schweitzer, este hombre que vivió 90 años más 8 meses¹, había estado moribundo poco después de nacer y también a los dos años. Sin embargo, a medida que fue creciendo, aumentaba su fuerza. Salía a correr con otros chicos de su edad. Aun peleaba con ellos. Y así fue fortaleciéndose de tal manera, que entre los niños de su edad era el que manejaba el hacha con más fuerza cuando había que buscar leña; el que corría más ligero; el que antes de estudiar filosofía bailaba mejor y el único capacitado para apretar al máximo las clavijas del órgano de la Iglesia en que predicaba su padre. Esta se hallaba en Günsbach, cerca del sitio donde él había nacido. Allí fue donde yo lo visité, del 11 al 13 de septiembre del 59. Su casa privada era de dos pisos altos, una mansarda, más un subterráneo que sobrepasaba el suelo. Las enredaderas cubrían totalmente los marcos de las puertas y de las ventanas. Desde éstas se gozaba de un espectáculo muy hermoso. Un valle con muchos árboles, que cuando yo llegué allá, estaban tomando un color ocre de comienzos de otoño. Ya tenía él 84 años. Su aspecto era un tanto fatigado. Pero los muchos retratos que había en su casa y la cantidad considerable de notas y libros que yo había leído sobre él, me hicieron creer que lo había conocido desde niño. Aceptó mi visita porque yo había escrito un artículo sobre su señora, Elena Mariana Bresslau, cuando murió (junio de 1957).

¹Murió en septiembre de 1965.

Se habían conocido en la Iglesia de Santo Tomás de Estrasburgo, mientras Schweitzer predicaba sus sermones que no eran muy largos y que siempre preparaba con gran cuidado. Ya tenía cierto conocimiento de la sociedad humana. El año 1899 había estado un largo período en Berlín. Allí leía la sección política de los periódicos, porque según él, en ellas se está escribiendo la historia contemporánea cada día. Lo hacía con tanto más interés, cuanto que él quería comparar el pensamiento y la manera de ser de París, en donde había permanecido los últimos meses de 1898 y los primeros tres meses del 99. Allá en París había mejorado su técnica musical con el profesor Widor, el gran organista que atraía público a la catedral de tan extraña arquitectura, como es la de San Sulpicio, catedral que está en el barrio latino, cerca del jardín de Luxemburgo, en la plaza de su nombre, en donde terminan las viejas y pintorescas calles Les Trois Canettes y Bonaparte, plaza y catedral que yo conocía muy bien porque a ellas daba la casa de mis buenos amigos Policard-Lacassagne.

En París había estudiado Filosofía y Música. Había conversado en las noches en los *bistrós*¹ con algunos noctámbulos retrasados y antes de ir a misa, con obreros que marchaban apresurados a su trabajo. El estudiaba a Kant, cuya filosofía profundiza, y el resto del día lo pasaba con Widor.

Ya con esta preparación llegó a Berlín. Lo hacen tocar un día el órgano en esa Iglesia pretenciosa que está al final de Kurfüstendam y que se llama la Iglesia Recordatoria del Emperador Guillermo (Kaiser Wilhelm-Gedächtniss Kirche), donde provoca asombro por la maravilla de su ejecución. Entre las personas que escuchaban encontrábase la cultísima viuda del helenista Ernst Curtius. De inmediato se le acercó para invitarlo a su salón, en donde se reunía la intelectualidad alemana de la época. Desde entonces él pensó que podría transformarse en escritor y en predicador, y sintió anhelos de escribir en tono de crítica respecto de los epígonos, esto es, de aquellos que no tienen escuela propia, sino que prefieren, para no fatigarse, seguir las huellas de los predecesores inmediatos.

Yo había leído mucho y conversado sobre el Dr. Alberto Schweitzer con algunas personas de Norteamérica e inglesas que lo habían conocido en Lambarené o en Günsbach, su hogar europeo. Piensen que sobre su personalidad se han escrito 882 libros y más de 1.800 artículos en la prensa de todo el mundo y en todos los idiomas conocidos. Cuando cumplió 80 años, en enero de 1955, escribí sobre él. Llegar a conocer personalmente a hombre de tal categoría, se transformó en mí en

¹Especies de "fuentes de soda".

anhelo permanente. Escribí a señora Emmy Martin —el alma de su casa en esa pintoresca aldea de Günsbach—, y a señora Erika Anderson. La señora Martin ha trabajado con él desde 1919 y la señora Anderson desde 1924.

Han pasado períodos en Lambarené, pero la mayor parte del tiempo son ellas quienes se ocupan de la edición de sus libros, de remitir fotografías, de leer y contestar la correspondencia, que llega en canastos diariamente. A señora Martin escribí en julio de 1959 desde Estrasburgo. Le incluí traducidos al inglés mis artículos y le solicité permiso para visitarlo. Desde Colmar recibí el telegrama en que el propio Schweitzer me comunicó que me esperaba entre el 10 y el 14 de septiembre. Llegué a Colmar el 10, y el 11 temprano partí en un autobús moderno, en un asiento de "la imperial", pues son carruajes de dos pisos. Paisaje hermoso, grandioso, de fines de verano. Este viaje cómodo que yo hacía, me trajo el recuerdo del muy penoso que, enfermo, había hecho a pie, acompañado de su señora, y llevando dos maletas, el profesor Schweitzer en 1918, después de haber sufrido los vejámenes de un campo de concentración en Burdeos y en St. Remy, cuando se le sacó de Lambarené y se le embarcó con su señora en calidad de prisioneros porque se temía que hiciesen obra de espionaje. "Aprendí mucho en ese campo, donde hice grandes amigos". Recuerda todo aquello el doctor, a petición mía, después de haberme recibido con una mirada cariñosa, con efusión tranquila (cuando llegué en auto de la señora Anderson desde Munster, donde me había alojado), con un apretón cordial de su mano bien desarrollada y fuerte, con voz de barítono, sumamente grata. Yo había conversado con Chaliapin (ruso) en Santiago y en Nueva York con Pinça (italiano). Ambos eran buenos charladores, de armonioso timbre de voz. La del doctor Schweitzer era semejante. Quizás había un lazo musical y de armonía en el fondo de esta semejanza. En cuanto a su físico, les daré una impresión local. No sé si ustedes han visto a Sótero del Río. Pues bien, la conformación de la cabeza del Dr. Schweitzer era similar a la de Sótero. Se diría que eran parientes. También su andar sereno, de largos trancos y sus espaldas vigorosas, me recordaron al Dr. Del Río. Su ropa estaba arrugada en las mangas y pantalones. Le quedaba algo ancha. Sin embargo, su presencia desprendía una irradiación de gran dignidad y de ser superior impresionante. Aun los reporteros yanquis lo respetaron¹.

¹Recuérdese que cuando la reina Isabel II visitó EE. UU. los fotógrafos y reporteros le gritaban: "Look,

queen, be quiet". A Schweitzer ellos le abrieron camino en todas partes.

Con sencillez me agradeció los artículos y se sintió contento, pues era espontáneo, de que tan lejos de Europa y de Africa se le conociese. "Si no me hubieran dejado trabajar más en el Gabon, quizás me habría ido al Brasil. Ya me habitué a la selva, al calor y a convivir con seres ingenuos y espontáneos. La primitividad tiene sus ventajas. El tecnicismo no ha invadido el Africa. Cuando se declaran la guerra es por hambre; no por ambición. No entendieron nunca por qué, si había tantas comodidades y cultivos, y no hambre, en Europa, se peleaban. Ellos llegan a ser antropófagos, porque creen que deben mantenerse vivos y en tribu. Y si necesitan carne y comprueban que otras tribus se han comido y escondido las gacelas, las cebras, los jabalíes, los antílopes, los leones, atacan a los acaparadores y se los comen".

Me contó que él estaba escribiendo *Decadencia y Resurgimiento de la Cultura* cuando le llegó la orden de embarcarse. Él ya había sospechado que eso ocurriría. Sin rebelión, empezó a prepararse. Todo el mundo de Lambarené lo ayudó. Sakku, el papagayo gracioso, estuvo muy atrevido los dos primeros días de preparativos. Pero cuando vio que las piezas del doctor se vaciaban; que muchos convalecientes se alejaban llorando, deja de comer; se hace amigo del perro Caramaba, que empieza a aullar; tiene después convulsiones y muere de pena. Todos lloraron. Era el niño alegre de la casa el que se iba. Lo enterraron cerca del Hospital. Caramaba se echó triste sobre la pequeña tumba. Cuando me contaba todo esto, se le apretaba la garganta al doctor. Y ¿por qué no decirlo? A mí también. Notó el doctor mi pena, y me dijo: "Qué bueno es no perder los sentimientos". Paseamos un momento por su huerto. Había hermosos manzanos. "Ahí, me dijo, también tengo cerezas y murtillas de color maravilloso". Pero su mente volvía al Africa. "Esos animales que han rodeado y que aún me acompañan, y los propios negros, dieron base a mucho de lo que he escrito. Le voy a regalar —y me lo firmó con su linda letra homogénea y clara—, el ensayo *A l'Orée de la Forêt Vierge*. En todos mis libros hago aparecer en una u otra forma ciertos conceptos, que no son míos sino que brotaron de mi experiencia y de tanto que he leído. Son sencillos: 1) conservar la vida; 2) fomentar la vida; 3) perfeccionarla día a día es propio de los que piensan bien y son cristianos. Esos son los deberes de los hombres de bien. Los médicos, que nunca hemos provocado una guerra, somos hombres de bien. Destruir la vida, dañarla; refrenar la tendencia al perfeccionamiento es absurdo. Esto último exige violencia, pero la violencia no aporta ninguna renovación ni exaltación bondadosa y útil del espíritu. Por eso no entiendo que haya médicos comunistas. Ellos son violentos como los nazis. Pasemos a otro tema. Recuerde la trata de esclavos. Un terrible conjunto de violencias. Trajo esa

cruel guerra de Secesión. Lincoln, pacifista, tuvo que guerrear. Como Lincoln prohibió la esclavitud e importación de esclavos, libró de penas a muchos negros que habrían sido maltratados por los tratantes. ¡Qué terrible eso de ver aldeas de negros desiertas, por obra de aquella barbaridad! Hay que defenderse de esas cosas. Parece que así lo han entendido los ingleses y franceses, que están liberando sus viejas colonias. ¡Esto es grato! Pero, por otra parte, *como el negro es aún niño, necesita protección y guía*. Lo malo es que se vuelve a la violencia. Las dictaduras son violencia contra el alma y el cuerpo. Se agravan hoy por el mal uso de la física atómica". Le conté lo que yo había visto en 1955 en Hiroshima y Nagasaki. Desde Chile le remití mi informe. "Por eso lancé un mensaje desde Oslo. Lo leí. Ya me preocupaba esa tragedia. Le mandé una copia en octubre del 57", me dijo. La memoria de Schweitzer era abismante. "No es extraño que tenga buena memoria. La cultivo cada día, desde que era niño, y llevo archivos que reviso siempre. Pregúntele a Sra. Emmy. Aprendí muchas cosas de Chile cuando lo invitamos. Ustedes son muy europeizados y legalistas. Gran cosa. Hay exceso de revoluciones inútiles en algunos países de Sudamérica. ¡En Chile no! Sé que hay muchos alemanes allá y también franceses. Qué bueno que vivan juntos y que en el fondo tengan una tarea común".

El almuerzo a las 12 fue sencillo. Eramos doce personas. El doctor, de gran apetito y charlador. Después tocó piano. A la cena (7 p. m.) fuimos diez. Entre los invitados y alojados en su casa, estaba Nancy Flemming, hija adoptiva de un matrimonio norteamericano. Años más tarde, en 1960, me sirvió como secretaria en una reunión de Cancerología en Minneapolis. Ella había pedido a sus padres como premio por haberse graduado de profesora de alemán y francés, el ir a visitar a Schweitzer. Nancy estuvo feliz por encontrar al profesor Munder, pues se entendió con éste en ambos idiomas.

Esa noche, alrededor de las 8, Schweitzer nos llevó para escuchar órgano. Había entre los invitados dos franceses. Conversamos de cosas simpáticas, comunes. El más risueño era Schweitzer. Le conté dos o tres anécdotas sobre alemanes, y la que más celebró fue la de "madre, no hay más que una". Se interesó por nuestra enseñanza. Le hablé de la influencia inglesa en Medicina (Blest), francesa (Sazié, Gay, Lafargue, Georges et Emile Petit), polaca en Minerología (Domeyko), alemana (Phillipi, Goericke, Johow, Schneider, Lenz, Rudolph). Le conté que la primera Escuela Normal de Sudamérica la organizó Chile, bajo un argentino, el que más tarde

fue el Presidente Sarmiento, en su patria. Le dije que la mejor biblioteca clásica de Chile estaba en Copiapó, donde hubo hombres como Guillermo Matta, que tradujo directamente del alemán a Goethe. Le hablé del levantamiento de la marinería en 1931, a cuyo final no fusilamos a nadie. Me miraba con gran simpatía. “¡Oh! Si me dejaran tiempo iría a verlos. Eso está dentro de lo que Jesús me ha inspirado y hecho decir. No cambien”.

Se había hecho tarde y un vientecito frío nos hizo entrar a su escritorio. Archivadores; títulos de obras en ejecución; varias ediciones de la Biblia; retratos y retratos; cartas de todo el mundo, por centenares. Mi asombro era enorme. Un calendario amarillento ya de puro viejo, sobre su escritorio de encina, me llama la atención. Hay unos versos escritos en francés. Nota mi curiosidad y la de miss Flemming (fuimos los regalones en medio de los hábitos). “Lisez-le. Il m'est trop utile”. Cuando me fatigo y no siento deseos de nada, ni de conversar, lo vuelvo a leer. Siempre me parece nuevo”. “Sin estos versos no podría atender a los que me vienen a ver y no podría escribir de noche. ¡Oh! Duermo unas cuatro horas. Curioso. No necesito más:

Montez, toujours montez!
Faites que tes songes et désirs
Se rapprochent toujours a ce que cherchez.
Montez, toujours montez.

Montez, toujours montez,
Et si ton ciel s'obscurcit, faites la lumière
De la foi que tu as, faites la éclater.
Montez, toujours montez.

“Yo pensaba, me dijo, que moriría de pena cuando a fines de noviembre de 1918 los franceses expulsaron de Estrasburgo a mi beaupere (mi suegro), el prof. Harry Bresslau, Rector de la Universidad de Estrasburgo, porque compilaba antecedentes para los *Monumental Germaniae Historia*”. Hubo cierta rebelión ante tan exagerada expresión de chauvinismo. Entonces Schweitzer escribió un mensaje de Año Nuevo. Una obra maestra que aparece en varios libros. “Lo hice aquí, frente al calendario, mientras mi pobre Elena lloraba. Ella esperaba con ansiedad a su primer y único hijo”. Una mujercita, Rhena, que nació el 14 de enero de 1919, justamente cuando él cumplía 44 años.

El estaba enfermo en 1918 de un absceso hepático. Lo habían operado. Sanó. Lo llaman de Cataluña para que dé conciertos. Le costó juntar dinero para pagar el viaje en tercera clase. Sólo lleva un maletín en sus manos. Sus interpretaciones libres e independientes triunfan. A Barcelona le llegan ofrecimientos para cátedras de filosofía y teología de Zurich y Bernand. No lo seducen. Lo atrae más uno del Arzobispo sueco Nathan Söderblom, para dictar lecciones en Upsala, sermones en sus iglesias y dar conciertos. Vacila. Está débil. Sigue un régimen de verduras, claras de huevos, quesillos. "¿No seré una carga?", pregunta. "Lo curaremos", le contestan. Y así ocurre. Impresiona al exponer su filosofía. El Arzobispo Söderblom es muy alegre. Le gusta el campo. Lo lleva a pasear. Cuenta el doctor Schweitzer que se sintió inclinado a hacerle una confidencia. "¿Sabe Ud., señor, que no sé cómo reabrir Lambarené cuando allá regrese? Debo mucho. Durante ocho meses de 1916 tuve que hacerme fiar hasta las velas y alimentos. No sé cómo salir de esto".

Llovía fuerte en ese momento. A pesar de todo, y con gran risa del doctor Schweitzer, monseñor Söderblom cierra el paraguas, y empapados los dos, el Arzobispo se muestra un cristiano. "¡Oh! Los suecos hemos ganado mucho con la guerra. Eso fue una falta. Hay que repararla. Hay que tranquilizar nuestra conciencia. Ayúdenos. Hablemos de su obra aquí, en Suecia. Dénos conciertos y conversemos de sus pobres negros. Buscaremos buenos intérpretes de alemán y francés".

Empezó la gran serie. Aun los días de trabajo se atestaban las salas de conciertos, a cualquier precio, más donaciones extraordinarias. Fue hasta aldeas industriales y agrícolas. Iba a la iglesia primero. Allí desprendía notas jamás escuchadas por su belleza, de viejos órganos descompuestos, que él arreglaba. Era causa de asombro tanto milagro. El saco de limosnas llegaba al altar colmado de billetes gruesos y pequeños. Después escuchaban sus alocuciones. El gozó viajando entre fiordos y lagos azules y su alma se regocijaba. "¡Hay cristianos en el mundo!", se decía. Como expresión de gratitud escribió su pequeño gran libro *Zwischen Wasser und Urwald* (Entre el Agua y la Selva). Volvió feliz a su casa. Ya podía partir. Pasó de regreso a Africa por París, donde había renacido la Liga Pro Obra de Albert Schweitzer, para ver a sus dos hermanos que allí vivían. Anduvo de compras en las casas de instrumentos quirúrgicos y las de drogas. Llevaba el dinero en una maleta de felpa bien cerrada. Subió a un ómnibus, en el que se paga por secciones de recorrido. Había pagado dos, y cuando iba en la tercera sección, entró un inspector. Este se exaltó porque dijo

que Schweitzer quería estafarlo. "O paga el resto o va a la Comisaría". Él abrió su maletín para sacar más dinero. Había francos, marcos, coronas. Espontáneos los franceses, gritaron al inspector: "¿Que no ve que es un pobre "paysan" (o campesino) que nunca ha pasado por París y no conoce las tarifas? ¡Es un abuso!". Echaron abajo al inspector. Un pasajero se adelantó y pidió boletos para dos secciones, se los regaló y le preguntó: "Mon bon Monsieur, où est ce que vous allez?". Chez Gentile, tout près de l'Ecole de Medicina pour quelques emplettes". ¡Ah! Yo le indicaré. "Il faut avoir toujours de la monnaie, Monsieur, ces salauds vont vous tromper". Reía Schweitzer a morir con estas cosas. Su anecdotario es interminable. Su mente clara y optimista lo acompañó siempre, iluminada por la luz intensa, nunca parpadeante, de sus principios.

De cuanto ha escrito, predicado y hecho, con claridad y firmeza, se deriva en gran parte esta infiltración de tolerancia que felizmente se reinicia en el mundo. Entre 1492 y 1510 hubo un brote. Locke, Erasmo, Toland, Bacon, la habían despertado.

Juan XXIII reinicia la noble tarea desde alto nivel. ¿Influyó la obra de Schweitzer? Influyó el Congreso Internacional para la Tolerancia, de Ginebra, agosto de 1953. El sabio, el filósofo, el músico, el humanista, fue el que más influyó dentro de ese ambiente.

La acción del Papa, tan recordado, Juan XXIII; la visita el 4 de octubre de 1965 del Papa Paulo VI a la Asamblea de las Naciones Unidas, revela que el resultado de la obra de Albert Schweitzer está integrando el alma del mundo.

Ese niño que todos pensaron que moriría pocas horas después de nacer, se aferró 90 años y 8 meses a la vida y actuó en tal forma que el filósofo Henri Babel en sus libros *Que pense Albert Schweitzer* y *La Pensée de Albert Schweitzer*, dice lo siguiente: "Pensador, hombre de acción, el doctor Albert Schweitzer, de Günsbach y de Lambarené, quedará en la memoria de la Humanidad como el profeta de un mundo transfigurado y de un cristianismo plenamente consciente de su misión liberadora".